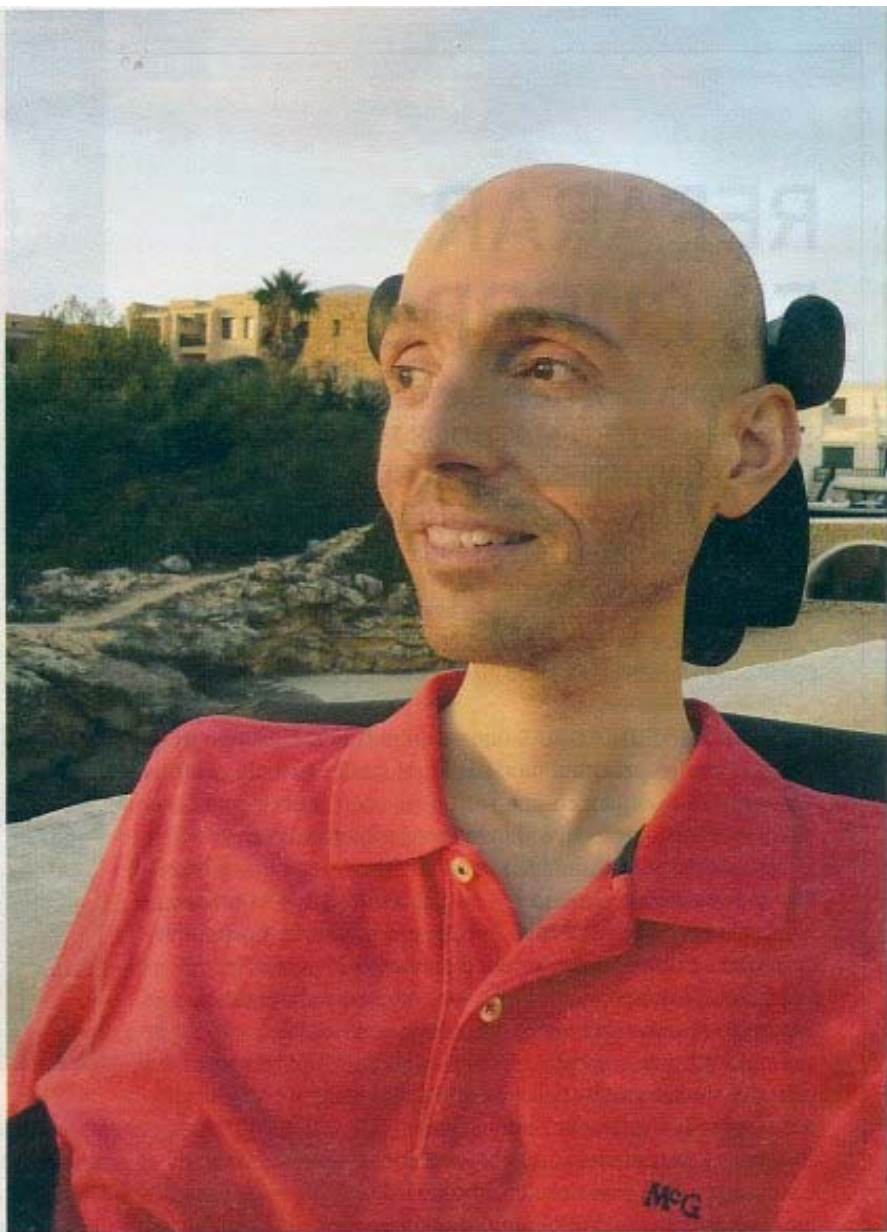


José Antonio Fortuny

ESCRITOR SIN BARRERAS

En el imprescindible 'Diálogos con Axel' se adentraba en los recovecos de su cuerpo y su alma para contar la aceptación de una realidad no apta para quejicas. En su nuevo libro, una fábula con circo titulada 'Alehop', sale al mundo y le saca los colores. Pluma en mano, para él no hay obstáculos

TEXTO IMMA MUÑOZ



DEMOS RÁPIDAMENTE EL DATO, porque eso está ahí y pesa, y sin duda condiciona la biografía de quien lo vive y la mirada de quien lo mira, así que cuanto antes se diga y antes se acostumbre el lector a ello, antes lo olvidará y podrá disfrutar de lo que realmente importa en la trayectoria de José Antonio Fortuny: los dos libros que ha escrito. Fortuny (Maó, 1972) tiene —y esto está copiado de la solapa de su última novela, *Alehop*— “una grave enfermedad neuromuscular que progresivamente ha ido paralizándolo todo su cuerpo, pero que no le ha privado de su capacidad para comunicar ni de una visión especial de la existencia”. Una grave enfermedad que le empezó a restar movilidad corporal desde chiquito pero que, a cambio, le potenció la movilidad intelectual, porque los saltos que no podía dar por la calle con las piernas los daba por las páginas con la mente, y de tanto leer acabó desarrollando un talento para escribir que se ha plasmado en sus obras *Diálogos con Axel* y *Alehop*.

La primera, publicada en 2003 por La Tempestad y reeditada en 2006 por Círculo de Lectores, es “un viaje interior” que aborda cómo asumió el diagnóstico de su enfermedad hasta llegar a una zona de paz consigo mismo en la que se instala por temporadas, como todos. La segunda, que editó Funambulista en abril de 2012, es un viaje exte-

rior que saca los colores a una sociedad en la que cada vez hay menos asideros y el desvalido está cada vez más solo porque no hay políticos, ni técnicos, ni periodistas, ni vecinos, ni tampoco Dios o dioses que le echen una mano. Una “sátira social”, como la define Fortuny, que es una especie de *El Principito* pero a lo bestia, sin dejar títere con cabeza. Ambas describen realidades muy duras que el humor hace más tragables aunque no más digeribles, y ambas revelan una incisiva mirada sobre el mundo en la que no hay lugar para la autocomplacencia ni el victimismo y sí para la crítica y el despertar de la conciencia.

En *Alehop*, un anciano ve cómo su humilde modelo de bienestar se desmorona cuando los achaques propios de la edad no le permiten ayudar a su mujer, impedida por la carga de los años, a levantarse de la cama para compartir con él una taza de café mientras contemplan cómo sale el sol entre las ramas de un cedro que tienen en el huerto de casa. Nada más que eso, después de una vida de trabajo y abnegación, pide la pareja para ser feliz, y ni eso puede concederle una sociedad que ha olvidado qué es lo importante y se entrega con fruición a los espejismos de la apariencia y el placer inmediato, mientras lucha por esquivar la mala conciencia edificando argumentarios que

no se mantienen en pie pero que a todos les interesa sostener. La lucha del anciano para procurar a su mujer la ayuda que necesita desencadena una serie de situaciones, cada una más kafkiana que la anterior, que, con la verdad del espejo deformante, nos devuelven el reflejo de qué somos y hacia dónde vamos. Un libro escrito antes del estallido de la crisis (cinco años ha tardado Fortuny en acabarlo), que adelanta punto por punto lo que está pasando.

"Es que el mundo marginal, el de las personas que sufren la falta de ayudas, siempre ha sido así —explica el escritor para demostrar que no tiene una bola de cristal—. Lo que pasa es que ahora esa falta de ayudas se extiende a todos los sectores. Pero antes de que nos viéramos en esta situación económica, España ya estaba a la cola en cuanto a protección social". Los ancianos, para él, representan el paradigma de la fragilidad humana. Por eso los ha elegido como protagonistas de esta fábula plagada de simbolismos. Y por eso no tienen nombre: "Quería diluir la barrera entre ellos y los demás, entre nosotros y los demás. Al ser humano le da mucho miedo la enfermedad, y hay una tendencia a pensar que las cosas que la enfermedad conlleva solo les van a pasar a los demás. Y no, la enfermedad y la discapacidad son inherentes al ser humano. Antes o después, todos vamos a pasar por ahí, todos vamos a necesitar a otro. Y eso no es una vergüenza: lo que es una vergüenza es que no se ayude a quienes lo necesitan".

SABE DE LO QUE HABLA porque lo ha sufrido en sus carnes, aunque ha querido que su experiencia quedara diluida en este *Alehop*, después de que hubiera impregnado cada uno de los renglones de *Diálogos con Axel*. "He intentado que mi voz no se oyera, que fueran los personajes quienes llevaran la historia, aunque en algunas cosas me siento identificado con lo que ellos viven, claro". Esa identificación se pone de manifiesto en su activismo, porque el hecho de que tenga dificultades para moverse no quiere decir que se quede quieto. La tecnología le permite escribir, mediante un programa de dictado, y las redes sociales hacen llegar su mensaje a todo el mundo. "Tenemos que luchar por nuestro derecho a la asistencia personal, a contar

con una ayuda que nos permita llevar una vida lo más autónoma posible", reivindica. Por eso apoya a colectivos como Foro de Vida Independiente, que trabaja contra la discriminación que sufren las personas con diversidad funcional. "Intento que se lleven a cabo proyectos de integración en Menorca, donde vivo. Mi aportación es pequeña, pero hago lo que puedo desde aquí".

Lo de pequeña habría que discutirlo: sus libros son toda una llamada a la movilización, aunque él no lo pretenda. "Lo único que quiero es que las personas pasen un buen rato leyéndolos y aportarles algo, enseñarles algo acerca de la vida y la gente. De hecho, es lo que yo pido como lector", apunta. También pretende

crecer como escritor, evolucionar, aunque ya en su primera obra mostraba una madurez literaria apabullante. "Esta segunda es muy diferente, así que he querido cambiar el estilo. Hay más acción, por lo que he utilizado frases más cortas, con más ritmo, aunque creo que es un libro que hay que leer despacio", explica. Él mima cada palabra, con un perfeccionismo extremo que le lleva a corregir y corregir, hasta saberse el libro de memoria. "Me lo tienen que quitar de las manos, porque yo no lo daría nunca por acabado", asegura.

"La enfermedad y la discapacidad son inherentes al ser humano. Todos vamos a necesitar a otro"

DISCIPLINADO, ES UN ESCRITOR más metódico que de impulso, y suscribe aquello de que "la inspiración te pille trabajando". "Ya que no puedo salir mucho

de casa, necesito tener un horario, que yo mismo he ido adaptando a mis posibilidades, para dar un sentido más profundo al día", revela. Y mientras pone en barbecho las ideas para una nueva novela —"ahora tengo en la cabeza dar visibilidad a esta, algo muy difícil con el aluvión de títulos que hay"—, sigue en la senda que empezó a recorrer en *Diálogos con Axel*, un libro hoy imposible de encontrar y que habría que reeditar urgentemente. En él expone: "Estoy, pues, en disposición de prácticamente afirmar, porque así me lo reiteran el corazón y el intelecto, que debe de haber un lugar en el que, cuando uno llega a él, es capaz de liquidar los enrejados más invulnerables; un estado en el que hasta las más espásticas escayolas de un cuerpo se agrietan y se desfiguran, aunque solo sea momentáneamente". En esa búsqueda de libertad anda él. Como todos. **DOM**

MÁS DIFÍCIL TODAVÍA

El circo sin nombre que se instala en el pueblo sin nombre del anciano sin nombre es la mejor encarnación de todo lo que convierte el mundo en un infierno con nombre y apellidos: del pan y circo, por supuesto, pero también del más difícil todavía y del cada uno que se apaña como pueda (aunque eso no sea frase circense) hasta que caiga el telón y, total, ya nos dé lo mismo ocho, que ochenta, que ochenta y tres. La crisis de valores de la que no podemos escapar por más que nos resistamos subyace en un trabajadísimo texto que la escritora Rosa Montero ha definido como "una farsa negrísima, angustiosamente divertida, ingeniosa, inteligente y muy actual". "Que ella te avale siempre es una buena promoción —concluye Fortuny—, pero lo mejor es que ese es el mejor resumen del libro que se puede hacer".

JOSÉ ANTONIO FORTUNY

Alehop

